

Los rectores auguran el fracaso de las becas Erasmus de Wert

Vaticinan que quedarán plazas sin cubrir por la nueva exigencia en idiomas

OLGA R. SANMARTÍN / Madrid

Los rectores están muy en desacuerdo con el nuevo sistema de becas Erasmus que el ministro José Ignacio Wert ha implantado para el próximo curso. Auguran que será un fracaso, porque la exigencia de tener un nivel de idiomas medio-alto (el B2 o equivalentes) para obtener estas ayudas, que son más generosas que las de la UE, dejará buena parte de las 10.000 plazas previstas sin cubrir. ¿El motivo? Los alumnos españoles no llegan al B2, especialmente los miles que se van a países de habla no inglesa, como Polonia, Suecia, Turquía o Rumanía, donde también se pedirá este requisito.

A partir del próximo curso habrá dos tipos de Erasmus: las que paga la Comisión Europea, que suponen 250 euros mensuales de media por persona, y las que costea el Gobierno, que ascienden a 350 euros. Éstas, a cambio, exigen más a los beneficiarios: buenas notas (se hace un baremo entre todos los aspirantes) y un solvente conocimiento del idioma, entre otras cosas. En los campus todo el mundo interpreta que la razón de pedir tantas condiciones para las llamadas Erasmus Plus es, además de fomentar la excelencia, el ahorro.

«¿Cuál es la necesidad de introducir un requisito adicional? Si es una necesidad funcional, hablemos de ella. Si es una necesidad económica, tenemos un problema. Este tipo de medidas no responde a una funcionalidad, a una mejora del proceso, sino a una coyuntura económica», señala Francesc Xavier Grau, rector de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona y vicepresidente primero de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (Crue).

El origen de este asunto se remonta al pasado noviembre, cuando Wert anunció a mitad de curso la retirada de la ayuda complementaria de las Erasmus porque no había dinero suficiente para pagar a todos. Mariano Rajoy le hizo rectificar y Cristóbal



El ministro de Educación y la secretaria de Estado, antes de un encuentro con rectores. / SERGIO GONZÁLEZ

Un nivel intermedio-avanzado

O. R. S. / Madrid
Hasta ahora, las universidades de los países de acogida no necesariamente han exigido a los alumnos un buen conocimiento del idioma. «A mí, que estoy en Italia, me han pedido el nivel básico de italiano, y esto no ha supuesto ningún problema para cursar las asignaturas. Eso debe ser responsabilidad de la persona que decide irse, que es tal y como

se hace en el resto de Europa», explica Ezequiel Valentín, vicesecretario del Ceune y estudiante de Ingeniería Electrónica que está de Erasmus en Pavía.

¿Qué es exactamente un nivel B2? «Es un nivel intermedio-avanzado, el que ahora se pide para acceder a la universidad y el equivalente al First Certificate», explica Rocío Muñoz, subdirectora de Comunica-

ción de Cambridge University Press. «Lo que ocurre es que un alumno se plantea ir de Erasmus cuando ha estado varios años sin practicar el inglés y hay que hacer un refresco», añade.

El B2 viene a significar, en la práctica, que el alumno puede elaborar textos con un vocabulario adecuado, pero tiene dificultad al redactarlo con estructuras más complica-

das. En una conversación, entiende las ideas con facilidad, pero utiliza y comprende pocas expresiones coloquiales.

Según los rectores, el Ministerio también se ha negado a negociar la reducción del tiempo de duración de las becas, un recorte que se ha aplicado tanto para los beneficiarios de las Erasmus Plus como para las normales y que supone que los estudiantes permanezcan en el extranjero apenas cuatro meses y medio.

Montero introdujo una enmienda en los presupuestos con una inyección de 20 millones más, que elevaba a 35 millones la cuantía para estas becas.

Pero, para el próximo curso, el grifo se ha cerrado. El dinero presupuestado ha caído de 35 a 18 millones, una cifra muy alejada de los 60 millones de los que disponía Educación en 2011/2012. Así que, para mantener el objetivo prioritario de no reducir el número total de erasmus (algo más de 35.000), Wert ha optado por rebajar el tiempo de estancia a la mitad: de un curso a un semestre. Y, por otro lado, ha creado las Erasmus Plus, 10.000 plazas que los rectores ven inalcanzables, sobre todo por sus requisitos lingüísticos.

«Tenemos dudas de que todos los alumnos que quieren irse de Erasmus puedan acreditar el B2 en inglés, pero, sobre todo, no es tan fácil obtenerlo en alemán, francés o italiano», explica Juan José Casares Long, rector de la Universidad de Santiago y presidente de la Comisión de Internacionalización y Cooperación de las Universidades Españolas (Cicue).

«Es demasiado y va a suponer una reducción brutal de plazas», vaticina Natalia Álvarez, vicerrectora de Relaciones Internacionales y Coopera-

La Universidad ha pedido que no se exija un B2, pero Educación se niega

ción de la Universidad de La Coruña.

El presidente de la Cicue resume el sentir general de todos los campus: «Nos preocupa, y así se lo hemos transmitido al Ministerio, que se queden muchas plazas sin cubrir por el B2. Pero nos han dicho que ese tema no se cambiaba».

Los rectores enviaron hace un mes un conjunto de alegaciones al Ministerio proponiendo que esta nueva exigencia no se aplicase aún el próximo curso, para dar más tiempo a los estudiantes de ponerse al día con el idioma. También le plantearon que se pudiera hacer un trasvase de las plazas en las Erasmus Plus que quedarán sin cubrir a las Erasmus normales. Pero el equipo de Wert ha dicho que no.



MÁSTER EN DERECHO DEL DEPORTE
CONOCE EL PROGRAMA DE REFERENCIA LÍDER EN SU ESPECIALIDAD

MARCA Economist & Jurist Expansión EL MUNDO

MADRID (+34) 911 265 180 · BARCELONA (+34) 931 146 814 · MASTERS@ISDEMASTERS.COM
HTTP://ISDEMASTERS.COM

Máscara de cartonaje
del gobernador Heqaib
III (1800 a.C.), en
Asuán. / CRISTINA LECHUGA

Detectives

del Antiguo

Egipto

La tierra de los faraones ya no es sólo territorio de los arqueólogos. La incorporación de antropólogos forenses, restauradores, químicos, geólogos, arquitectos, ingenieros o topógrafos a las excavaciones está cambiando la manera en la que se estudia uno de los periodos más fascinantes de la Historia. El enfoque actual es muy distinto al de la época en que Howard Carter descubrió la tumba de Tutankamón,

cuya réplica acaba de abrirse al público en un intento por preservar la original. El hallazgo de medio centenar de momias en el Valle de los Reyes ha vuelto a poner de manifiesto lo mucho que queda por descubrir y conservar en Egipto. EL MUNDO viaja a Luxor y a Asuán para convivir con dos de los equipos españoles que cada año acuden allí con esa misión.

Por **Teresa Guerrero**
(Luxor / Asuán)



Aquí no hay grandes tesoros como los que se han hallado en las tumbas de los faraones, pero su estudio tiene una gran importancia para comprender cómo era la sociedad egipcia



RAÚL FERNÁNDEZ / CRISTINA LECHUGA

La corneta suena a las 6 h. En pocos minutos, el amplio patio de la casa nubia de Asuán que cada año alquilan los miembros de la expedición arqueológica de la Universidad de Jaén en el sur de Egipto, es un hervidero de gente. Tras un rápido desayuno se guarda el material en grandes arcones y, antes de las siete, partimos hacia el yacimiento de Qubbet el-Hawa (cúpula del viento).

Está cerca de la casa así que subimos andando, rodeados de desierto, con la Luna todavía en el horizonte y el río Nilo a nuestros pies. Es el primer día de la campaña de 2014, la sexta que el equipo andaluz liderado por Alejandro Jiménez Serrano y Juan Luis Martínez de Dios lleva a cabo en la necrópolis de Qubbet el-Hawa, el lugar elegido por los gobernadores del sur de Egipto para pasar la eternidad.

El complejo funerario alberga casi un centenar de tumbas talladas en la roca de la colina, la mayoría de nobles del Reino Antiguo y el Reino Medio (2600-1750 a. C.). Muchas fueron reutilizadas.

El trabajo del equipo español durará seis semanas y se centra sobre todo en la tumba QH33 y en los enterramientos descubiertos de finales de la Dinastía XII. «Cuando llegamos en 2008, a la entrada había cinco metros de arena que hubo que retirar», recuerda Martínez de Dios. «La tumba 33 fue construida en el 1800 a. C, probablemente por el hermano del gobernador Ameny-Seneb para albergar un mausoleo familiar. Después fue saqueada y reutilizada para enterrar a personas de todos los estratos sociales», explica Jiménez.

Aquí no hay grandes tesoros como los que se han hallado en las tumbas de los faraones, pero su estudio tiene una gran importancia para comprender la sociedad egipcia, pues este enclave fue muy importante desde un punto de vista estratégico y comercial: «Era la frontera con

la vecina Nubia (actual Sudán). Por aquí entraba incienso, mirra, oro, marfil, maderas nobles, pieles, perfumes, etc. Y también personas».

De la mezcla de etnias que convivieron dan testimonio algunas inscripciones. Pero la mejor prueba de esa diversidad son los restos humanos. «En este yacimiento hemos sacado ya más de 200 sujetos de distintas épocas, tanto viejos de 80 años como niños. Hay grupos étnicos muy curiosos», detalla Miguel Botella, antropólogo forense con 43 años de experiencia. «Aquí estudiamos las causas de la muerte y las patologías que sufrían. Hemos visto una gran cantidad de enfermedades infecciosas, sobre todo en niños. El Nilo era una maravilla y permitía que la población sobreviviera, pero al mismo

UNA LABOR CASI POLICIAL

De arriba a abajo: vista de la necrópolis de Qubbet el-Hawa, en Asuán; Miguel Botella examina una momia; las restauradoras Teresa López-Obregón y Yolanda de la Torre analizan una vasija; Cristina Lechuga y Raúl Fernández fotografían los objetos hallados.

tiempo tenía una contaminación tremenda», relata. «En los adultos hay pocas fracturas y traumatismos, y muchas enfermedades degenerativas, por trabajos duros o procesos infecciosos y malnutrición. Su dieta era poco variada. También sufrían malaria», enumera.

La vida que uno lleva deja huellas en los huesos y en esta zona había canteras que hicieron mella en los trabajadores. Para Botella su hallazgo más importante aquí es haber demostrado que «el mito de que la civilización egipcia era rica y opulenta y vivía bien en todos los estratos sociales no es cierto. Excepto aquellos que gobernaban, la gente en general vivía en el límite de la supervivencia y muchos morían».

De vez en cuando encuentran



sorpresas, como una daga de marfil, madera, plata y bronce colocada entre las vendas de una momia. Las autoridades egipcias prohíben tomar muestras o sacar los restos del yacimiento, así que los estudios forenses que hacen son limitados. En su laboratorio de Antropología de la Universidad de Granada, dice, «haría maravillas». Aun así, Botella y su equipo son un buen ejemplo de cómo la incorporación de antropólogos forenses, restauradores, químicos, geólogos, arquitectos, ingenieros o topógrafos a las excavaciones está cambiando la manera en la que se estudia uno de los periodos más fascinantes de la Historia. El enfoque actual es muy distinto al de los primeros egiptólogos, o al de los de la época en la que Howard Carter descubrió la tumba de Tutankamón (1922), cuya réplica acaba de abrirse al público en Luxor.

Por otro lado, el anuncio del descubrimiento por parte de un equipo suizo de medio centenar de momias en el Valle de los Reyes ha vuelto a poner de manifiesto lo mucho que queda por descubrir y conservar en Egipto. Algo que resulta evidente cuando se pasan unos días en una excavación y se comprueba la enorme cantidad de material que sacan. Pero para los especialistas extranjeros también es prioritario restaurar y conservar el patrimonio ya conocido para prevenir su deterioro.

La arquitecta de la Universidad de Granada Mari Paz Sáez, por ejemplo, ha colocado testigos (rectángulos de yeso) en las tumbas excavadas en la roca de Asuán para vigilar su estado y planear estrategias para preservarlas. Las químicas María José Áyora y Ana Domínguez, por su parte, se han traído de la Universidad de Jaén un espectrómetro Raman con el que se disponen a investigar los pigmentos de las pinturas. Se trata de un láser que permite hacer análisis químicos no invasivos, es decir, sin tomar muestras ni tocar la superficie. «Lo usamos en la Alhambra de Granada en un estudio

«Además de los objetos y restos humanos, los egiptólogos tenemos la suerte de disponer de mucho material escrito... Con los textos tienes acceso a sus mentes, a sus ideas»



JOSÉ LATOVA / PROYECTO DJEHUTY

para identificar pigmentos y materiales de la Sala de los Reyes», explica Áyora. En otra tumba ha instalado su microscopio petrográfico Olivia Rodríguez, especialista en maderas. Con él investiga qué árboles usaban para fabricar ataúdes y estatuillas, y reconstruye el clima y biodiversidad del Antiguo Egipto.

A mediodía el calor aprieta. Estamos a finales de febrero y, aunque hay 32°C, con la humedad la sensación de calor es mayor. Participar en una campaña arqueológica es un privilegio para cualquier egiptólogo, aunque las jornadas son intensas y no reciben remuneración por su trabajo. La situación de algunos de ellos no es mejor el resto del año pues, o están en paro, o tienen trabajos sin relación con la ciencia. El proyecto Qubbet el-Hawa cuenta en 2014 con 30.000 euros, procedentes de la Universidad de Jaén y la Asociación Española de Egiptología.

Más holgada es la situación económica del equipo español Djehuty en la necrópolis de Dra Abu el-Naga, en Luxor (antigua Tebas), gracias a la financiación privada que año tras año busca su director, José Manuel Galán, arqueólogo del CSIC. Unión Fenosa Gas aporta los 150.000 euros anuales con los que cuentan en 2014. Sus investigadores sí reciben una remuneración, aunque algunos tampoco tienen empleo en España o se dedican a otras profesiones.

Este proyecto, modesto en su origen, comenzó hace 13 años en torno a la tumba del alto funcionario Djehuty, supervisor del Tesoro de la Reina Hatshepsut durante la Dinastía 18. Su tumba (1470 a. C.) fue una de las primeras que tiene decorada la entrada y, aunque se conocía desde el siglo XIX, no había sido estudiada. Los españoles emplearon cinco campañas en excavar el patio, que había sido usado como vertedero. Para su sorpresa, «resultó ser enorme». Poco a poco,

han ido hallando más enterramientos hasta sumar una docena y convertirse en una de las excavaciones con mejor reputación en Egipto.

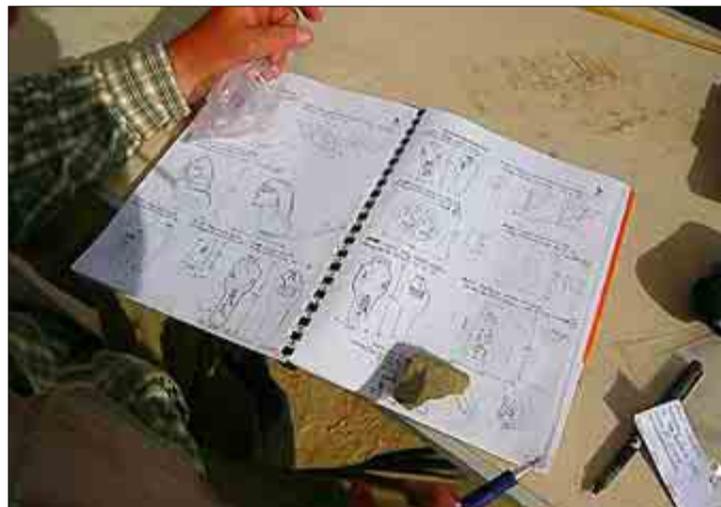
Acceder a las áreas donde están realizando grandes descubrimientos no es fácil: «Este año ha habido que retirar dos metros de basura moderna. Lleva mucho tiempo y trabajo, pero debajo está lo antiguo intacto. Los escombros echan para atrás a muchos egiptólogos, pero protegen», señala Galán, que subraya la importancia de buscar huecos de conocimiento. «Hasta ahora nadie había estudiado los patios. Lo que demuestran estas tumbas preciosas es que antiguamente los egiptólogos despreciaban el exterior. Entraban, documentaban y publicaban. Y en el mejor de los

URBANISMO DE LAS TUMBAS

Los obreros del Proyecto Djehuty en Luxor sacan de un pozo el ataúd de Neb (1600 a.C); Nieves López retira el barro del pasillo de la tumba; el cuaderno de campo del arquitecto Carlos Cabrera; la egiptóloga M^a Angeles Jiménez revisa el material que sale de los pozos funerarios.

casos restauraban algo», recuerda.

«Además de contar con los objetos y los restos humanos que encontramos, los egiptólogos tenemos la suerte de disponer de mucho material escrito gracias a la obsesión que tenían por registrarlo todo. Y la tumba de Djehuty es un monumento a la escritura», añade el científico madrileño. Desde la entrada, en la que describe con detalle cómo recaudaba impuestos y gestionaba los materiales preciosos que llegaban de África, hasta la cámara sepulcral, situada a 12 metros de profundidad y decorada con uno de los ejemplares más antiguos del Libro de los Muertos escrito en tres dimensiones. Para bajar hay que ponerse un casco y descender por un pozo a través de una escalera fijada a la roca.



Para Galán, el legado escrito de los egipcios es un auténtico tesoro e investigarlo, una de sus mayores satisfacciones: «Lo bonito es que los textos no te dicen lo que ha ocurrido, sino lo que quieren que sepas y lo que desean que trascienda. No accedes a los hechos, sino a sus mentes. En historia, reconstruir los hechos es más difícil que reconstruir las ideas», afirma.

Asimismo, se muestra satisfecho de haber podido contribuir a demostrar que la necrópolis de Tebas tenía un urbanismo: «Las tumbas se agrupan una detrás de otra, casi como si fueran chalés adosados, siguiendo la colina. Y esto algo que no estaba muy documentado». Su objetivo es restaurar el conjunto de tumbas y abrirlas al público en unos 10 años.

A la restauradora Nieves López, partidaria de intervenir lo menos posible, la encontramos en el largo pasillo de la capilla de Djehuty, limpiando el barro y dejando al descubierto grafitis demóticos: «Esta tumba ha sufrido mucho por agua, aire y fuego. Queremos contar la historia de lo que le ha ocurrido. Creo que hay que acostumbrar al público a ver las cosas tal y como han pasado y no mostrarlo todo rehecho».

«La conservación de diarios y fotos antiguas tomadas por expediciones pasadas nos ayuda a entender mejor cómo encontramos las cosas», cuenta Galán. Gracias a este tipo de material han podido reconstruir los elegantes relieves de la tumba del funcionario Hery, y localizar fragmentos robados. El trabajo del egiptólogo, como se ve, se asemeja bastante al de un detective.

Tras acabar la campaña, regresan con su base de datos a rebotar para seguir trabajando desde España, donde continúan investigando y consultando los archivos de otros países a la búsqueda de pistas y nuevas hipótesis de trabajo. «A veces, cuantos más datos tienes, menos puedes concluir», reflexiona. Para estos detectives del Antiguo Egipto, es difícil dar un caso por cerrado.